



LA
ESVÁSTICA
INMORTAL

JOSÉ GONZÁLEZ-RUBIO

LA ESVÁSTICA INMORTAL

por

José González-Rubio

PRÓLOGO

Al sur de Gran Canaria, 1940

A pesar de sus sesenta y cinco metros de eslora, el U-88, un U-boot Tipo VII, se deslizaba grácilmente en su aproximación por el sur a las islas Canarias. La cautela se había adueñado de sus movimientos ahora que la plataforma submarina se elevaba y le obligaba a abandonar la seguridad que le proporcionaba las profundidades. El viaje a través del Atlántico Sur había sido largo pero tranquilo y algunos de sus 44 tripulantes se lamentaban por hallarse lejos de la acción, situada más al norte, donde la Kriegsmarine se empleaba contra la Royal Navy y trataba de bloquear al Reino Unido.

No era el caso de Rutger Holbein. Aunque él no formaba parte de la tripulación. De hecho, ni siquiera pertenecía a la Marina ni a ninguna otra rama del ejército del Tercer Reich. Holbein era científico y había dejado Alemania casi dos años atrás, a finales de 1938, cuando la guerra ni siquiera había comenzado, aunque la electricidad que precedía a la tormenta ya erizaba el espinazo del continente europeo. Pero en su prolongado y completo aislamiento, no tuvo la menor noticia de la guerra relámpago contra Polonia, Dinamarca y Noruega ni de las invasiones de Luxemburgo, Bélgica, los Países Bajos y Francia.

Pero ni la constatación de que el mundo colgaba de un precipicio hacia menguar la excitación y conmoción que le acompañaban desde hacía meses, cuando un casual descubrimiento no sólo le rescató de las garras de una horrible

muerte, sino que le convirtió en custodio de un poder aún por definir pero del que él mismo era prueba viviente.

En la diminuta cabina donde había pasado encerrado prácticamente toda la travesía, presa de los absorbentes y excitantes pensamientos que ceñían las conexiones sinápticas de su cerebro, Holbein extendió ante sí su mano derecha y volvió a contemplarla como si esperaba ver el amasijo de huesos aplastados por aquella roca. Pero se encontraba en perfecto estado. Como lo estaba su cuerpo, donde aún sentía aquella especie de “fuego frío” fluir por sus venas, dotándole de una electrizante energía que no había conocido ni cuando era un vigoroso veinteañero y que le hacía sentirse extraña, casi absurdamente invulnerable.

Una brusca sacudida del submarino le arrancó de sus abstracciones. Una segunda, aún más intensa, le hizo saltar hacia la puerta de la cabina, su mente ya arrancada de cuajo del sopor extático para ser absorbida por un terror en rápido estado de formación. Al abrir la puerta casi chocó con un tripulante que se diría a la carrera hacia la proa.

—*Was ist das?* —preguntó.

—*Wasserbombe!* —respondió el marinero sin volverse siquiera.

Cargas de profundidad. Holbein sintió que el terror se materializaba como un mazazo en su nuca, desenfocando su visión unos instantes. Alargó una mano para apoyarse en un mamparo cuando el U-boot se estremeció y crujió como una lata de conservas al recibir una patada, lanzándole sobre cubierta.

Aunque al embarcar no sabía nada sobre guerra submarina, se había informado durante la travesía y ahora podía imaginar aquellos cilindros explosivos detonando en las inmediaciones de la nave, probablemente arrojados desde un avión de la RAF, ya que la presencia de un navío de superficie en aquella zona resultaba altamente improbable. El general Franco era un aliado no declarado de Hitler y, si bien no podía controlar los cielos, nunca permitiría presencia británica en sus aguas jurisdiccionales.

El submarino se vio zarandeado de nuevo, con más violencia, y el casco emitió un quejumbroso chirrido. Las luces parpadearon, de alguna parte comenzó a emanar un chorro de agua a presión y se disparó una estridente alarma. Las cargas estallaban cada vez más cerca. A menos de cinco metros del casco podían llegar a romperlo y enviarlos al fondo, quizás entre explosiones de su propia sala de torpedos.

Y con ello, la extraordinaria "valija" con que viajaba, se volatizaría. Eso, más que su propia supervivencia, motivó la reacción de Holbein que, desechando la idea de acudir en busca del capitán, regresó a su cabina, desechando la idea de acudir en busca del capitán para comunicarle sus intenciones. El hombre debía estar demasiado ocupado intentando salvar su nave.

Movido por una súbita y ciega determinación, se arrodilló junto a su catre y sacó de debajo una caja de embalaje de 60X60. La abrió y extrajo de su envoltorio un cilindro de acero de 45 centímetros de longitud por 30 de diámetro. Se lo había hecho construir especialmente en Argentina como contenedor de seguridad, remachándolo con un símbolo.

**

Holbein sintió que la cubierta se inclinaba y se apresuró. Extrajo de la caja una Luger, que guardó en un bolsillo, y cargó con el cilindro de regreso al pasillo. Abrazando su preciada carga, se concentró en no perder el equilibrio camino de la sala de torpedos mientras a su alrededor chisporroteaban instalaciones eléctricas, válvulas fracturadas que escupían agua y vapor y el metal que lo rodeaba vibraba acercándose a su punto de ruptura. La sala se encontraba en la proa, de modo que tuvo que recorrer la mitad del submarino, aunque la mayoría de la tripulación se concentraba en esos momentos en la sala de control y de máquinas, situadas en el centro y la popa de la nave, por lo que sólo se cruzó con un marinero que parecía demasiado asustado para prestarle atención y recriminarle su presencia en aquella zona.

La escotilla de la sala de torpedos ni siquiera estaba cerrada, por lo que sólo tuvo que empujar con el hombro la pesada compuerta para acceder al centro que albergaba el poder bélico del U-boot. Era la primera vez que se asomaba allí y le sorprendieron sus reducidas dimensiones y la estrechez en que se amontonaban los estantes con torpedos. Tres hombres manchados de grasa y con aspecto de atender un horno siderúrgico más que un área vital de un submarino del Reich, se afanaban en cerrar una válvula de la que manaba un abundante chorro de agua.

No se apercibieron de su presencia hasta que se adentró dos pasos en la sala.

—¿Qué hace usted aquí? —masculló un *Unteroffiziere*, un suboficial, más asombrado que furioso—. Vuelva a su camarote, estúpido.

—Tienen que ayudarme a expulsar esto al exterior —dijo Holbein ignorando por completo la advertencia—. Es imperativo salvar este cilindro. Utilicen uno de los tubos lanzatorpedos.

Los tres hombres, empapados de agua, intercambiaron una atónita mirada que se interrumpió cuando el submarino volvió a estremecerse, obligándoles a todos a sujetarse para no caer a cubierta. Cuando recuperó el equilibrio, Holbein se encontró empuñando la Luger y apuntando hacia el trío. Había dejado el cilindro en el suelo.

—¡No hay tiempo para discusiones! —ladró moviendo el arma de forma ostensible—. —¡Cárguenlo en un tubo y dispárenlo al exterior!

—Llamaré al capitán.

Holbein elevó ligeramente el cañón y presionó el gatillo. Los hombres se encogieron al instante mientras el proyectil rebotaba dos veces antes de perderse en el compartimento sin causar daños.

—¡Jodido loco! —exclamó el *Unteroffiziere* que se disponía a contactar con la sala de control.

—El capitán está demasiado ocupado —señaló Holbein desplazando el cañón hacia el hombre de mayor rango—. Y, como digo, no hay tiempo para charlas. De lo contrario,

yo mismo habría acudido a él. Repito, es preciso salvaguardar este cilindro de un posible desastre. Dispárenlo al exterior. ¡Ahora!

Sin apartar la vista de los hombres, depositó en el suelo el objeto, que rodó hacia uno de los mecánicos.

—No contiene ningún elemento explosivo —añadió como si eso pudiera compensar la insensata exigencia—. Sólo es un simple contenedor sellado. Cuando hagan lo que pido, le entregaré el arma y podrá llevarme ante el capitán si sobrevivimos.

Holbein estiró el brazo y le apuntó directamente a la cabeza.

—¿Tenemos un trato?

—Hacedlo —cedió al fin el suboficial todavía estupefacto.

**

La maniobra de carga duró apenas un minuto, que a Holbein le bastó para pensar que el submarino estaba irremediablemente perdido. La detonación de otra carga zarrandeó el submarino como un corcho, reventó una tubería y la luz se extinguió, activando las rojizas luces de emergencia. Holbein se sujetó con fuerza sin perder de vista a los hombres que atendían sus exigencias haciendo equilibrios alrededor de uno de los cuatro tubos lanzadores. De reojo miró los estantes con torpedos. Ante la falta de espacio, muchos se almacenaban bajo las literas, sobre éstas, y en

contenedores de cubierta, lo que convertía al sumergible en una bomba submarina en potencia que podía volatilizar completamente el U-88 si se producía una detonación en cadena

—*Snell!* —urgió Holbein sintiendo la garganta seca a pesar de la humedad circundante. —¡Rápido!

—¡Listo! —aulló uno de los mecánicos cerrando y asegurando la enorme compuerta de 533 mm.

El suboficial presionó un dispositivo y Holbein notó una pequeña vibración extra cuando el gas comprimido expulsó al exterior su pequeño cilindro. Desprovisto de cualquier método de propulsión, no se alejaría mucho antes de caer al lecho marino. Conociendo las coordenadas en que se hallaba el submarino en ese momento sería fácil de recuperar si no terminaba enterrado en aquel ataúd de hierro.

De lo contrario, bueno, prefería que se perdiera para siempre que arriesgarse a que cayera en manos ajenas a su control, ya fueran españolas (que con seguridad intentarían remolcar el sumergible a tierra) o, peor aún, británicas. Se hallaban a muy poca profundidad y el interés de los ingleses por echar un vistazo a los sistemas de comunicaciones y cifrado de un *U-boot* podía inducirles a propiciar una secreta incursión con buzos.

Y él no había hecho el descubrimiento del siglo para dejarlo a expensas del caprichoso destino. Holbein creía en la causa del Nacionalsocialismo y el Reich y soñaba con poner a su disposición el extraordinario potencial que comportaba. Además, ya había tomado medidas preventivas enviando parte del mismo a Alemania vía aérea desde Argentina.

Llevar consigo la otra parte se revelaba ahora como un error, pero en aquel momento encontró insoportable la idea de separarse completamente de su fabuloso hallazgo.

Se disponía a cumplir con lo pactado cuando uno de los mecánicos elevó la vista como si pudiera ver a través del casco y dijo.

—Hemos ascendido a la superficie.

—Pero eso es suicida —masculló su compañero.

—Quizá sea nuestra única oportunidad. A esa profundidad estábamos indefensos y condenados.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Holbein dejando caer el brazo que sostenía la Luger. Casi ni advirtió que el *Untero-ffiziere* se la arrebatara y le apuntaba con ella.

—Arriba es noche cerrada —señaló el mecánico sin bajar la mirada de la maraña de tubos y cables del techo.

—Y el capitán ha decidido presentar batalla con los cañones antiaéreos —agregó el suboficial.

—Casi al instante, como contrapunto a esas palabras, una vibración distinta a las anteriores se expandió por el submarino.

**

Además de un cañón de cubierta, el U-88 contaba con un cañón antiaéreo de 37mm y dos dobles de 20mm que entraron en erupción en cuanto ascendió a la superficie y fueron retiradas sus protecciones. Eso era lo último que esperaba la tripulación del Lockheed Hudson, un bombardero ligero que se utilizaba como patrullero marítimo, que estaba acosándolo con sus cargas de profundidad. Procedente de la base de Agadir, en el Marruecos francés, y conocedor del tránsito de submarinos nazis en las Canarias, había detectado la presencia del U-88 a pesar de la noche cuando se vio obligado a ascender en su aproximación a la isla.

Tras lanzar cuatro cargas desde una altura de veinte metros, el Lockheed realizó un giro y se aproximó desde otra dirección para completar su misión. La visión del submarino en superficie hizo pensar a su tripulación que el *U-boot* ya estaba fuera de combate, un entusiasmo que desvaneció en cuanto una salva de proyectiles voló en su dirección procedente de su cubierta. La mayoría no alcanzó su objetivo, pero uno de ellos impactó directamente contra la hélice de uno de sus dos motores Wright, incendiándolo al instante y dejándolo fuera de servicio. El bombardero descendió peligrosamente hasta rozar el mar, pero consiguió remontar y estabilizarse. Con un sólo motor podía mantenerse en vuelo, pero no continuar su caza del *U-boot*, de modo que viró hacia el este mientras cobraba altura y enfiló de regreso a su base.

El U-88 se había salvado en último extremo.

★★

Rutger Holbein completó el viaje hasta el puerto de avituallamiento de Gran Canaria confinado en su camarote por el capitán tras ser informado de lo ocurrido en la sala

de torpedos mientras el submarino luchaba por su supervivencia. Una iracunda frustración tensaba cada fibra de su cuerpo como una corriente eléctrica, obligándole a moverse en el reducido espacio en lucha por mantener a raya las acometidas del horror que le acosaba.

En su afán por proteger el cilindro, lo había perdido. Debió esperar un poco más antes de adoptar una decisión tras drástica... Sí, ahora era fácil llegar a esa conclusión pero, visto en retrospectiva, no podía por menos que reconocer que se había dejado llevar por el pánico... Un pánico que ahora adoptaba otra forma y se convertía en un afilado cuchillo que se retorció en una herida.

Holbein se detuvo en el centro de la cabina, apuró su petaca de coñac, y se obligó a inspirar profundamente. No, no iba a permitir que ninguna clase de pánico hiciera presa en él. No después de todo lo que había pasado. Él ya no era un hombre común.

Recuperaría el cilindro. Y más fácilmente que si el U-boot hubiera sido hundido. Obtendría las coordenadas en que se encontraban en el momento de ser expulsado y, pronto, regresaría con buzos expertos para rescatarlo del lecho marino. No podía estar muy lejos. Cerró los ojos y reguló su respiración hasta hacer desaparecer todo rastro de ansiedad de su torrente sanguíneo.

Luego se miró la mano, recordatorio permanente del fantástico periplo que le había transformado, y se tumbó en el camastro. Su mente no tardó en derivar hacia la Antártida y el "afortunado" accidente que le había convertido en un ser diferente. Aún estaba lejos de comprender el alcance de ese cambio y, de hecho, le sobrecogía adentrarse en

las posibles implicaciones que cruzaban su mente de forma constante desde hacía más de un año.

Übermensch, era la palabra que se asomaba en la periferia de su mente.

Superhombre.

1

Santiago de Chile. Presente.

La ópera no era algo que entusiasmara a Héctor Hoffmann. O, para ser exactos, eso era lo que él creía, ya que aquella era sólo la segunda representación a la que asistía en su vida. Pero, de lo que sí estaba seguro, era que una obra de Wagner no iba a decantarle precisamente del lado de los fanáticos de aquel arte.

Como buen judío, consideraba al compositor alemán un antisemita que se había ganado a pulso aquel apelativo con sus ensayos políticos, donde afirmaba que los judíos estaban emponzoñando la cultura musical, que eran incapaces de verdadera creatividad y se limitaban a hacer arte imitando a otros. Los acusaba de dominar la cultura alemana y robar su patrimonio cultural. Que luego los nazis utilizaran esos pensamientos como propaganda y su música fuera usada en el campo de concentración de Dachau para "reeducar" a los presos políticos, tampoco ayudaba en su reivindicación. De hecho, la música de Wagner había estado prohibida en Israel hasta la década de los ochenta y, aun así, pocas veces había sido interpretada, y siempre con gran polémica.

Pero, a pesar de sus reticencias, Hoffmann había aceptado la invitación de Carol. Ella le gustaba demasiado para lanzarse a una diatriba contra Wagner o torcer el gesto ante su recuerdo de su única asistencia a una ópera. Ya sacaría a pasear su conciencia social y política más adelante, cuando

se conocieran mejor. Ahora estaba en la fase de no negarle nada y no quería poner en guardia a la chica.

Así que se tragó la representación de *Tannhäuser* intentando hacer a un lado su visión política y disfrutar de la obra, con magros resultados. No obstante, ver a Carol abstraída a su lado, con sus ojos almendrados fijos en el escenario, casi sin parpadear, fue suficiente recompensa. Dios, de verdad que le gustaba aquella mujer. Quizá, si no metía la pata, como era su costumbre, podía ser la definitiva. A sus treinta y cuatro años ya era hora de ir pensando en sentar la cabeza.

Sin embargo, al terminar el segundo acto y cuando ya acumulaban dos horas y media de representación y un descanso, ni la expresión arrebolada ni el brillo de los labios de Carol cuando se los humedecía con la punta de la lengua, servían ya como antídoto contra el aplastante aburrimiento y la rigidez de su cuerpo. Con la perspectiva de otro descanso de veinticinco minutos y un tercer acto de cincuenta y tres por delante, Hoffmann tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no inventarse alguna grotesca excusa y salir del Teatro Nacional de Santiago a la carrera.

—El montaje no me entusiasma —dijo de pronto Carol camino del vestíbulo, sujetándole del brazo—. Y el tenor lírico es un desastre. Además, siempre he creído que el alemán no es un idioma para la ópera.

Hoffmann se la quedó mirando, concibiendo la esperanza de que le fuera perdonada la hora restante.

—Podemos irnos si quieres...